Señoras y Señores,

Es este de presentador un oficio sin destino, y si alguno tuviera es el de ser inoportuno, porque dar la palabra a quien viene a entregárnosla, no es sino plagiar la circunstancia. Aunque bien es cierto que “*dichosos de aquellos que nos plagian, de ellos son nuestros errores”*, obvio la autoría de la sentencia por jocosa en estas circunstancias.

Si los presentes han reparado (que lo habrán hecho), en los ponentes y los epígrafes de las conferencias que hoy nos convocan, comprenderán el poco margen de elocuencia que dejan al presentador. Porque si bien es cierto que en el Quijote está hasta lo que no está escrito (mas esto ultimo) - ya se sabe que las verdades lo son más por lo que callan que por lo que sentencian-, no deja de ser menos cierto que en las armas se han sustentado muchas razones, una de ellas la mentira.

 Si entendemos la letra como verbo, uno a veces se pregunta, retóricamente, claro, por qué Caín mató a Abel ¿no lo podrían haber hablado?. Obviamente el arma aparece porque el asesino carece de la letra para dar razón de su fuerza. Y ahí es donde entra el **Letra** como **Derecho** para justificar el genocidio. Un poeta palestino ha escrito que *si un Estado mata a un hombre, es un crimen, si extermina a cien es un problema*.
El manierismo entre las armas y las letras, de cuyo discurso se hace razón el Quijote, y supongo que en esta mesa **Gustavo de** **Arístegui**, justifica el uso de la fuerza. Pues no, si puedo decirlo: no. Por una razón evangélica que desde mi agnosticismo comparto, *el que a hierro mata, a hierro muere*. Y si Caín mató fue porque tenía la fuerza pero no convenció porque le faltaba la razón. Ironías de la metáfora, fue el asesino el que se quedó con la vida y con el verbo, y desde entonces no han cambiado mucho las cosas, porque ya se sabe *la letra con sangre entra*. Para el caso que nos ocupa adjudíquesele aquí a la palabra “letra” todas las extensiones de los actos del Imperio que en el mundo han sido.

Al margen de cuanto apunto y sin metodología léxica, es obvio que el Quijote es un juego, que como D. Mendo en las siete y media, *o se pasa o no llega* / *y si el no llegar da dolor / el pasarse es peor*. Porque la ironía como dardo calculado es ambigüedad, como sentencia es un arma de la letra. Pero repárese que con la letra Cervantes no mata a nadie en su novela. Pueden morirse, si (como cualquier hijo de vecino), pero se mueren solos, de ahí el debate abierto de las Armas y las Letras. Y del juego al que nos convoca, esta tarde, **Joaquín** **Leguina**.
 **Cervantes** fue a **Lope** o por mejor decir, el **Ingenio** al **Fénix**, ideológicamente hablando, lo que Arístegui es a Leguina, o a mí mismo, pero no coloco a ninguno de los dos en el Partido Popular, no fuera el caso que ellos se situaran en la Universidad o en el envés de los tres. Que el desprecio de uno presidió la modestia del otro ya da fe la literatura y sus *modus vivendi*, supongo que de eso nos hablará **Felipe Pedraza**.

 Y en definitiva, como desdichado de la mesa, me obligo a decirles que no tenía yo ganas, cuando escribía estas letras, de leer los *curriculums* de quienes hoy nos acompañan. Y como tampoco conozco los textos de sus disertaciones me vasto para decirles que me siento agradecido a quienes hoy nos visitan, en primer lugar a quienes hoy nos convocan. Y ya que el Quijote los trajo aquí, siéntanse en su casa, ahora y cuando se marchen (cuando se marchen más), porque la letra, fiduciaria de la palabra, hace a los hombres buenos y a los pueblos ricos, y ustedes, **Arístegui**, **Leguina**, **Pedraza**, **San Roma**, son el modelo de embajador que buscamos porque como portadores de letras pueden herir, pero no matan y a fin de cuentas, **Paco Nieva**, valdepeñero para más señas, ya dejó sentenciado en la Real Academia Española que “*la primera y la última libertad del hombre es la palabra, quien trabaja para la palabra, trabaja para darle alas a la libertad*”.

Gracias.